

SÓLO ERA UN NIÑO ROMPIENDO EL SILENCIO.

Todo comienza un trece de junio de dos mil seis, un niño con los cincuenta y tres años cumplidos sentado frente al ordenador que a su casa había llegado, mirando aquella herramienta y sin apenas saber manejarla, fue consciente que podría ser un vehículo con el poder de transportarse a un tiempo pasado que siempre le rondaba la cabeza: el mejor, el que más añoraba, aquellos años felices, los años de la infancia.

Navegando ante esa falta de conocimiento, en esa barca, por ese océano llamado Internet, con solo la mirada clavada en el horizonte, aquel niño ya grande se armó de valor y pidió ayuda lanzando un mensaje dentro de una botella esperando que, con la ayuda de las olas, a algún otro niño llegase, confiando en que la fuerza de ese mar fuera benévola y a alguna playa tranquila la llevara.

Aquella botella, que en su interior llevaba tanta añoranza y anhelo por retornar a un tiempo pasado, estuvo treinta y dos meses navegando a la deriva soportando tormentas, vientos y de más inclemencias del tiempo. Y finalmente llegaba a las costas sorteando rocas, acantilados y durante días descansó en tranquilas playas arenosas.

Un diecinueve de febrero de dos mil nueve alguien divisó en una de esas playas tranquilas algo que pareciera un señuelo. Era la botella que en su interior llevaba el mensaje que treinta y dos meses atrás aquel niño con firme decisión había lanzado.

Aquella botella y el niño que la encontró estaban predestinados. Él a leer el contenido y ella a retomar su viaje de retorno deseosa de caer en más redes de ese Internet llamado océano.

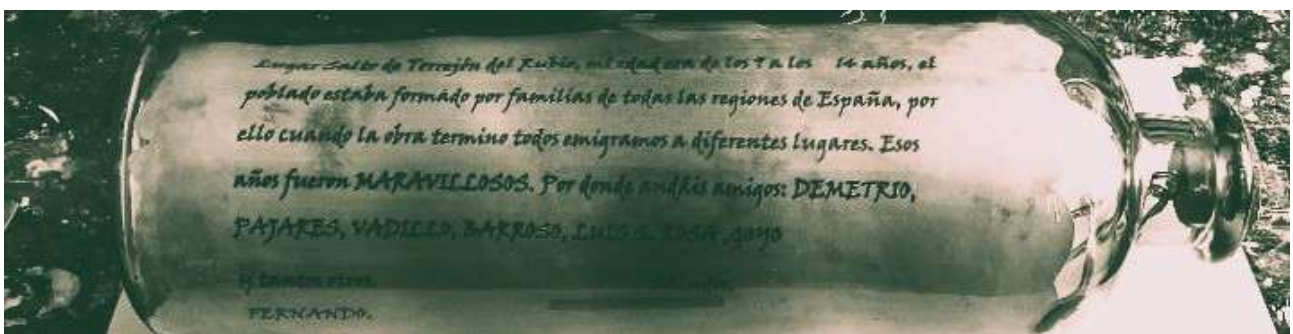
Ese alguien era otro niño también entrado en años que, al coger esa botella y al leer su contenido, se dio cuenta de que no era un fortuito hallazgo, era un cebo que le abría las puertas para rememorar la infancia de un tiempo pasado.

Aquel mensaje de Internet enmascarado fue haciéndose una bola inmensa que hacía que cada vez más niños se fueran reencontrando.

En agosto de dos mil once éramos un pequeño ejército de mujeres y hombres que no queríamos renunciar a rememorar aquellos días de infancia en un lugar maravilloso.

Fue en La plaza Mayor de Plasencia cuando un grupo de estos niños acompañados de nuestro maestro, sentados en la terraza del Bar Español acordaron ponernos un gentilicio: “SALTOREÑOS”, basado en el espíritu de aquellos NIÑOS DEL SALTO. Algo a lo que nunca renunciaremos.

Fernando Rodríguez Ladero, 28 de agosto de 2026.



MONOLITO

En el Salto de Torrejón tuvimos buenos maestros, aunque existieron dos que para bien siempre nos marcaron: Doña Julia y Don Miguel, que es de justicia nombrarlos, nos enseñaron que lo principal no era aprenderse las ciudades con sus ríos y afluentes. Ellos nos mezclaban los números y letras con cosas que en el mundo real estaban sucediendo y pasados los años aquellos niñas y niños, que somos, teníamos en nuestro interior sembrado por aquellos maestros algo que siempre, sin saberlo, nos había acompañado: una semilla que fue germinando a medida que nuestras vidas iban pasando.

Inseminados con aquella formación y enseñanza recibida, formamos un batallón de muchachas y muchachos ya grandes que habían dejado atrás los más de cincuenta años y empujaban todos juntos hacia un mismo lado: hacia el lado del recuerdo. El recuerdo de un lugar que nos dio y quito tanto. Con los muchos años a cuestas, como si fuéramos aquellos niños y niñas de antaño, nos unimos al unísono como si fuésemos uno solo, luchando en una empresa difícil en la que teníamos que convencer utilizando un arma poderosa: “LA RAZÓN” a la que estábamos aferrados, pidiendo justicia para los obreros que dejaron sus vidas en aquel accidente trágico.

Algo tan grave que permaneció oculto por la censura del régimen y el posterior desinterés de una democracia y sus gobernantes.

Ahí estábamos nosotros como ángeles alados sacando ese trozo de historia de un olvido sometido, dando dignidad a aquellos hombres del Salto.

Ángeles que por el aire buscábamos los nombres de aquellos hombres difuminados con el pasar del tiempo, en un camino tortuoso lleno de obstáculos y amargos sinsabores en los que no faltó indiferencia y la falta de sensibilidad de aquellos estamentos que nos deberían haber facilitado soluciones.

Ante estos hechos, el batallón de niños y niñas no flaqueó en ningún momento, teníamos algo que solo aquellos críos conservábamos: la candidez de una infancia en un lugar paradisíaco que nos dio la fuerza y energía para guerrear con unos y con tantos, sintiendo el complaciente aliento de aquel maestro que estuvo acompañándonos en todo momento, el que sembró la semilla que terminó germinando para hacer doblegar con la razón a aquellos que querían mirar hacia otro lado y ponerlos de nuestra parte, llegando a conseguir que algo tan noble que estuvo escondido por intereses opacos, saliera a la luz y no estuviera olvidado. La prensa de aquellos días informaba de que fueron entre sesenta y ochenta los obreros que el veintidós de octubre de aquel fatídico año mil novecientos sesenta y cinco, perecieron en el Salto de Torrejón. Un número difícil de saber, quizás nunca podamos saber el exacto.

Aquellos niños y niñas quisimos que aquellos obreros tuvieran un lugar donde poder honrarlos y nos propusimos hacerles un monolito con sus nombres para poder visitarlo. Ante algo tan complejo y difícil, haciendo presión ante los poderosos, quisimos que se involucraran, tenían una gran responsabilidad y por tanto el deber de hacer justicia y se luchó para conseguir su colaboración, abriéndonos sus puertas y facilitándonos esa tarea.

Un cinco de marzo de mil novecientos dieciséis (Día del homenaje). cincuenta años después, se inauguró el monolito, y reunimos dirigentes de aquella empresa, damnificados y familias que habían perdido lo más preciado: su cabeza de familia (el padre), quedando así descabezada para el batallar que le deparaba la vida ante una situación desesperada.

Fue un motivo de orgullo vernos de frente asumiendo que después de tantos años algo habíamos conseguido, tratar de corregir algo tan noble como una injusticia que ocurrió en un tiempo ya lejano y siempre presente en aquellas gentes del Salto.

Hoy día, aquellos niños y niñas ya adultos, casi viejos y representantes de aquella antigua empresa en la que hoy difícilmente hubiera sucedido aquel terrible accidente, nos damos la mano siendo conscientes que nunca se podrá reparar algo tan grave como el dolor causado, pero sentimos alivio de que hemos hecho lo que estaba en nuestras manos.

Fernando Rodríguez Ladero, 28 de agosto de 2026.

